

Argentina y España. Entre la pasión y el escepticismo

Beatriz Figallo Lascano
Buenos Aires, Teseo, 2014, 342 pp.

La investigadora Beatriz Figallo presenta al lector un cuidado estudio sobre los vínculos entre España y Argentina, con especial énfasis en el trayecto que recorre la historia de países independientes. En línea con numerosas indagaciones y reflexiones que dan antecedente al trabajo, el punto de partida se remonta al momento en que “descubierto allende los mares un Nuevo Mundo, la Corona de Castilla se lanzó a la empresa conquistadora”.

Uno de los logros que hacen de esta obra un importante aporte al estudio de las relaciones internacionales es que ofrece la posibilidad de recuperar la multiplicidad de vías por las que los dos países estuvieron comunicados, a pesar de mediar un océano que los distancia geográficamente. La historia diplomática se cruza con los intereses económicos, y las principales cuestiones sociales entran en diálogo con un pormenorizado estudio del intercambio cultural que se dio en ambas direcciones.

Una propuesta de este tipo enriquece no solo la labor de reconstrucción de los hechos del pasado que es tarea del historiador, sino también la mirada del lector sobre el múltiple quehacer humano y las motivaciones que ayudan a explicarlo. La narración fluida que presenta la autora no decepciona a quien busca un relato que dé cuenta de la complejidad de los vínculos entre las naciones, que a lo largo del tiempo han sido, a veces reforzados, a veces debilitados. Los archivos históricos en los que se basa la investigación, del Ministerio de Asuntos

Exteriores de España y del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina, dan como resultado un trabajo científico ampliamente documentado. En forma complementaria, la prensa escrita, consultada y confrontada con amplitud por la autora en hemerotecas de ambos países, traslada al relato el modo en el que distintos medios, con distintas ideologías, han comunicado noticias e informaciones a una y otra sociedad.

El vínculo entre España y Argentina como tema histórico presenta a nuestro juicio dos dificultades que Beatriz Figallo supera con éxito. En primer lugar, se trata de países proclives a las agudas crisis internas y a la inestabilidad institucional, tanto en el siglo XIX como en el XX, y dado que las incertidumbres políticas de estas convulsiones se transmiten al exterior, pueden dañar las relaciones constantes entre los países. Explica ello que, como en cualquier relación, este compuesta por distintas dosis de “pasión” y de “escepticismo”, en un lenguaje de Jorge Luis Borges que mucho impactó en España. Por otro lado, como bien señala la autora, escribir la historia de las relaciones hispano-argentinas implica “lidiar con imágenes y percepciones arraigadas en el mundo intelectual, político y social”. Arraigados recuerdos que provienen de la enseñanza elemental de la historia argentina nos remiten a los enconos revolucionarios de 1810 así como al empecinamiento de Fernando VII, pero también a las Cortes de Cádiz y sus frustrados designios. En épocas recientes se han instalado en el imaginario colectivo las hoy polémicas privatizaciones de empresas públicas llevadas adelante en la década de 1990 y las empresas españolas favorecidas, indicadas como verdugos de esas políticas. Qué decir de la popular (y peyorativa) expresión de “les sacamos el hambre” para referirse al compromiso asumido en 1946 por el Presidente Juan Domingo Perón de cubrir hasta un 90 % de las necesidades alimenticias internas españolas con trigo argentino. Y ya que mencionamos al General, es imposible obviar el recuerdo de la popular visita a Francisco Franco de su esposa Eva, y el posterior exilio del presidente depuesto en la ciudad de Madrid.

Las imágenes tomadas como ejemplo pueden ser exageradas y con seguridad son incompletas, pero no por ello menos “reales” en términos de lo percibido por la sociedad. Los episodios señalados han ayudado a construir la identidad

compartida de ambos países, la conducta de sus gobernantes y las características de las relaciones de sus pueblos. Pero la perspectiva de análisis y el método histórico han protegido al libro del riesgo de caer en simplificaciones. Todos esos momentos –y muchos más– son abordados con el justo equilibrio que le permitió a la autora brindar “una visión de conjunto, una mirada larga” evitando “detenerse en confrontaciones que se han sucedido sin llegar a anular el afecto”.

Como también queda demostrado en las páginas de *Argentina y España*, el sustrato cultural común –representado siempre por la lengua y durante mucho tiempo por la religión– junto a la llegada a la Argentina de la inmigración masiva de origen español, son fuerzas motoras detrás de los sentimientos de proximidad entre ambas naciones, independientes de los vaivenes políticos y económicos porque es en ese espacio en el que las “historias internacionales” se cruzan con las “historias particulares”, y le ceden el paso. En los años en los que España recurrentemente expulsaba población, ellos venían “a trabajar, a prosperar, a ahorrar si fuera posible con el sueño de volver al terruño, pero en algunos caso también se arribaba con capitales (...) [o] para eludir las levas de hombres”. Durante los años de incomunicación o de apatía oficial “la colectividad de origen español mantuvo viva la relación entre ambos países”. El círculo se ha renovado con las crisis económicas que el país americano sufrió mayormente a fines de la década de 1980 y del 90, que empujaron una oleada de migrantes en dirección contraria, hacia el Viejo Mundo. El panorama de rico intercambio cultural hace que Beatriz Figallo hable de un proceso de “fertilización intelectual mutua” entre autores, escritores y artistas porque debido a diversos procesos políticos –la I República, la restauración borbónica, y luego la dictadura de Primo de Rivera y la guerra civil–, una corriente de migración intelectual española, de maestros, profesores, dibujantes, artistas, periodistas, catedráticos, se sumaría a la campesina y obrera. En ambas orillas se desplegó la riqueza de pensadores españoles, con mucho eco entre sus pares latinoamericanos y argentinos, ya sea a través de las visitas de José Ortega y Gasset y de la presencia asidua en la prensa periódica de Miguel de Unamuno. A su vez, travesías en ambas direcciones realizaron, además libros, revistas culturales, espectáculos teatrales,

cinematográficos e incluso la música: gran repercusión en suelo español tuvieron los cuatro viajes del cantante de tangos Carlos Gardel, realizados en la década de 1920.

Superando el tiempo de las trabadas gestiones para lograr el reconocimiento español de la independencia argentina –ocurrido en 1863-, análisis que el libro no descuida, reparando en la obstinación del gobierno de Madrid por desoír la pérdida irremediable de la mayoría de sus colonias, la autora sitúa en los años de 1880, el momento en el que los acercamientos oficiales se van haciendo más tangibles, con el perfeccionamiento de órganos de representación diplomática y consular, además de la mayor colaboración representada por el Tratado de Extradición. Anteriormente, las Cortes españolas habían discutido políticas para proteger a sus connacionales pero dado que no ofrecieron resultados prácticos, los españoles se habían empezado a organizar para protegerse, en instituciones mutuales o de beneficencia, con sede tanto en Buenos Aires como en otros puntos del país. Tampoco la investigación descuida el parecido rechazo argentino a su Madre Patria, en la forma de hispanofobia como un sentimiento compartido por una generación intelectual y política de ilustres –con excepciones de personalidades tan señeras como Juan Bautista Alberdi, que como diplomático en Madrid también pudo expresar simpatías hacia valores abrazados por los españoles como “el amor a la libertad” y la sangre común que permitía hablar de la unión en “el seno de una misma familia”.

Las relaciones económicas, nunca descuidadas en este estudio, fueron más erráticas. Figallo asegura y demuestra que los avances en los vínculos comerciales entre los dos países fueron más lentos que los lazos políticos, puesto que la Argentina ya contaba con otros mercados y otros proveedores de mayor importancia y España consideraba al comercio en esta dirección como algo ocasional. Fueron nuevamente los particulares españoles los que asumieron la iniciativa más clara, con la creación en 1887 de la Cámara Española de Comercio y de varias entidades bancarias que encauzaron los principales intercambios de remesas entre los españoles en América y Europa y los negocios. Se avanzó con renuencia: aunque hacia la década de 1920 Argentina había logrado convertirse en la primera compradora hispanoamericana

de productos españoles, España ocupaba solo el duodécimo lugar entre los compradores de productos argentinos. Es así que el lector puede advertir que el primer gran “encuentro” en materia económica se dio a partir de la Guerra Civil española, cuando el sitiado Madrid republicano recibió importantes cargamentos de carne argentina y se vio reforzado luego, cuando se concedieron amplios créditos al Gobierno franquista para sortear su calamitosa situación de urgencia de alimentos y de carencia de divisas y materias primas.

Treinta años después otra coincidencia de intereses descubrió un abanico de sectores económicos en los que se podía pensar en negocios de interés conjunto, pero sin dudas fue en la década de 1990 cuando la presencia de inversiones españolas se hizo dominante en Argentina. Las ventas habían dejado de centrarse en productos de consumo para dedicarse a la provisión de maquinarias, bienes de capital, productos químicos, eléctricos y tecnología. La frase que registra Figallo, pronunciada en 1990 por el jefe de gobierno Felipe González, marca claramente el espíritu de la época: “Si tuviera dinero, invertiría en la Argentina”.

El libro invita también a pensar el llamado “hispanismo” y la evolución del concepto, desde su consideración como uno de los más relevantes esfuerzos conscientes por parte de España de reforzar los lazos que histórica y culturalmente lo unían al Nuevo Mundo. Precediendo un interés oficial que tardó en llegar, se muestra como adquirieron predicamento por un lado, corrientes de pensamiento que planteaban reivindicar su hegemonía espiritual entre los pueblos que integraron el imperio español, y por otro, formaron opinión quienes se plantearon difundir un americanismo solidario. La idea de América como una exteriorización de la fuerza positiva de España y de sus valores vitales, que tenía la ventaja de ser pacífica, representaba la consolidación del mayor esfuerzo afrontado por los españoles a lo largo de su historia. Las últimas décadas del siglo XX mostraron también la desideologización de la idea, revalorizando su potencial práctico, como favorecedor de negocios y emprendimientos de lo iberoamericano. A juicio de la autora, entonces serán las becas otorgadas a estudiantes americanos –y con preferencia a argentinos– para estadías en universidades y centros de investigación españoles las herra-

mientas de las que el régimen del general Franco se valió para acercar a las jóvenes generaciones –y futuros dirigentes políticos. En el mismo sentido actuaron las cátedras de Historia de España fundadas tanto por los críticos exiliados republicanos como por intelectuales hispanistas o ex becarios. Fue en estos espacios de la cultura que se recogieron y transmitieron los valores hispanos, desde el derecho, la literatura, la historia.

En suma, además de otros méritos reseñados, un gran logro del libro es la capacidad de combinar en las relaciones internacionales, la institucionalidad con la espontaneidad del accionar de actores no estatales, las prácticas diplomáticas y comerciales con las iniciativas no gubernamentales, ya provengan del ámbito cultural, artístico, musical, deportivo. Ello nos permite recomendar la lectura de esta obra tanto al público no especializado como al investigador interesado en profundizar sus conocimientos porque, con estilo ameno, la autora brinda un relato histórico que lo hace accesible a todos los lectores. De utilidad son así mismo, dos importantes anexos: una precisa y variada cronología de las relaciones hispano-argentinas que abarca entre 1516 y 2014, y para quién desee profundizar en tareas investigativas, un extenso y completo estudio bibliográfico.

Si el lector advierte, por momentos, que el relato manifiesta una preferencia hacia el impacto de España en la Argentina y lamenta no encontrar más impresiones y anécdotas sobre cómo fue descubierto lo argentino en el país peninsular, el libro ha cumplido con éxito la tarea de inspirar futuras indagaciones con la certeza de que “aún en épocas de mundialización e incertidumbres, Argentina y España siguen siendo atractivas la una para la otra”.

Lic. María Victoria Carsen